

En Villa Grimaldi.

Hubo una vez en que este parque vivio la dicotomia total. Se mezclaban los sentimientos de poder, con los sentimientos de opresion, momento a momento, cotidianamente. Se mezclaba el olor dulce y fragante del vivero con centenares de rosales y el olor a carne quemada, a heridas purulentas que nadie atendia. Se mezclaban los odiosos gritos de mando y los roncoss improperios, con los gritos de dolor, los quejidos, los llantos. Y a veces, en ambos bandos, se mezclaban tambien los sentimientos. De esperanza, de venganza, de solidaridad, de odio, de lealtad, de tan opuestas y profundas emociones.

Pero lo que mas predomino, sin duda, en este lugar fue el dolor. Este es un espacio, para nosotros los sobrevivientes, copado de recuerdos, de recuerdos que todavia estremecen, que todavia nos llenan de preguntas..., de muchas preguntas. Pero la mas incontestable de todas las preguntas, tanto ayer como hoy, es... por que el ser humano tiene esta infinita capacidad para crear y recrear formas, nuevas y viejas, tendientes a destruir, lacerar, aniquilar al disidente, al oponente, al resistente, al que no esta de acuerdo con tus valores, con tus principios, con tu forma de entender la realidad, o la libertad, o la justicia, o la democracia.

Voy a expresar mi testimonio, pero no puedo hablar en representacion de quienes estuvieron aqui, de quienes padecieron aqui, de quienes murieron aqui, o partieron desde Villa Grimaldi para morir, sea en el mar, en la cordillera, en regimientos, o en lugares simplemente anonimos. Cada experiencia es unica, y es un eslabon mas de la cadena de la vida que a cada uno, le toco construir. La dificil experiencia en este lugar, es un eslabon que esta fuertemente enlazado a los capitulos que cada uno escribio antes de llegar aqui, y tambien, a los que cada uno de los sobrevivientes, pudo seguir escribiendo, despues, hasta hoy. Por eso mi experiencia es solamente mia. No me atrevo siquiera a decir que es generalizable. Porque cada uno tiene derecho a registrar su dolor, con su propia sangre, con su propia sensibilidad y con su propia memoria.

Yo llegue aqui alrededor del mediodia del 20 de febrero de 1975, y por alguna razon, desde que me sacaron de la casa, junto a mi companero hoy desaparecido, vendada, esposada, encadenada y metida a un vehiculo a puntapiess y empujones, tuve conciencia de que habia perdido toda mi libertad. Que de ahi en mas, no era posible volver a tomar la direccion del timon de mi vida. Una sensacion abrumadora de impotencia me invadio por completo. Cada cachetada en el rostro, cada insulto o improperio vomitado en mi rostro, cada descarga electrica, cada golpe de karateca sobre mi cuerpo

indefenso, cada aplastamiento de mis oídos, cada inmersión en aguas sucias, cada inyección de drogas en mis venas, cada colgamiento que estiraba mis músculos hasta el infinito... cada ataque de ellos, renovaba en mí, esa sensación de impotencia. Mas allá del dolor, mas allá del sufrimiento.... surgía la tarea, el nuevo desafío, de buscar algo en mí, que ellos no pudieran invadir, lacerar, que no pudieran destruir. Y al principio, parecía que no había nada que pudiera ser preservado. Que ellos lo cobaban todo, que lo sabían todo, que lo adivinaban todo. Eran los vencedores, asignándose el poder de ser Dioses, decidiendo quien vivía, quien moría.

Dueños del don más sagrado que se nos ha concedido, que es la vida misma.

Y a ese poder, de la impunidad completa, yo además les concedía en esos primeros días, todo poder sobre mí. Era el desánimo de la derrota. Me habían capturado y ya no había nada que hacer. Estaba vencida, era su prisionera, y mi destino dependía de ellos.

Hasta entonces, yo pensaba que estaba en una situación crítica, límite y que nada podía ser peor. Pero sin embargo, la vida me deparaba otros límites. Y lo supe cuando me anunciaron que me fusilarían al día siguiente, y hasta tuvieron el detalle de darme la hora. Entonces se inició un raro camino de reflexión. Mi propio vía crucis interior. Yo creo que toda situación límite, plantea al ser humano una dura lucha, entre sus sombras y sus bengalas.

Primero todo mi ser se rebeló ante la idea de morir. Pense en cuanto había dejado de hacer, pense en mi amado hijo pequeño, en lo que sufriría mi madre, en mi hermanita a quien sentía entonces tan dependiente afectivamente de mí, pense en las tantas cosas que deseaba aprender, construir, conocer, y que no había tenido tiempo. Pense en que quería volver algún día a Praga, a esa ciudad que me había maravillado tanto, pense en que no había cumplido mi sueño de conocer Roma. Que nunca había ido al norte de mi país. Que quería hacer un doctorado. Que me faltaba una larga conversación con mi padre, para saldar cuentas, viejas cuentas de la infancia. De esa infancia con tanto autoritarismo, con tantos miedos a no ser reconocida. De esa infancia a la que tantas veces, le reclame sus exigencias. Y aquí, curiosamente aquí papa, aquí en la Villa Grimaldi fue donde por primera vez valore esa infancia. Esos primeros diez años de mi vida, tan difíciles, tan duros, pero que sin saberlo entonces, me permitieron acerarme, me prepararon para cualquier evento difícil, Me prepararon para algo tan simple como levantar mi rostro con hidalguía, cuando la manota del Coronel Moren lo bajaba a golpes. Y quería vivir para contarle eso a mi papa. Quería darle las gracias hasta por la dureza de su enseñanza. Y no iba a poder hacerlo, porque me mataban al día siguiente.

Las horas pasaban y en la lucha interna entre las sombras y las bengalas, empezaron a imponerse las bengalas. Y se produjo ese novedoso

estadio, de sin desear la muerte, ya no tenerle miedo. Me llene de la fortaleza de todos mis camaradas que ya habian sido asesinados y que estaba segura, habian sabido enfrentar ese momento, con mucha dignidad. Trate de sentir aquello que les dio coraje a los primeros cristianos, esos de las catacumbas, cuando se enfrentaban a los leones, en el circo romano.

Y una paz muy grande empezo a invadirme. Luego supe, algo que fue aprendido para siempre. Que ellos te pueden apresar, te pueden quebrar las costillas, romper los timpanos, abrir tus carnes en fluidos torrentes,,, y hasta te pueden quitar la vida..., pero jamas te quitaran la libertad, si tu no quieres. Mia fue la libertad de decidir , en cada momento. Decidir aquello que en el Ser, es realmente importante. Uno puede decidir que no esta vencida y por tanto tener un comportamiento victorioso. Uno puede retomar el timon de su propio barco, cuantas veces quiera. Y eso yo lo creo firmemente. Y aquí en este lugar espantoso, donde se vivia minuto a minuto en una situacion limite, yo vi a muchos, a decenas, que ya no estan con nosotros, mis hermanos desaparecidos, tener un comportamiento de coraje, de dignidad, de victoria.

Si te golpean tanto, si te torturan, si te matan, es porque tienes cosas, que ellos quieren, que ellos necesitan, que ellos no tienen. Que ellos quieren arrebatarte. Y eso puede ser informacion, puede ser dignidad, puede ser valentia, puede ser fuerza interior, pueden ser principios, pueden ser razones poderosas para luchar, vivir y morir, puede ser amor inconmensurable a tu pueblo, a los seres humanos desvalidos, puede ser tu decision de ponerte al lado de los debiles, cuando era tan facil optar junto a los poderosos. Puede ser ese tremendo sentido que esa juventud tan especial de los años 60 y 70, le habia dado a sus vidas. Y a ellos, a los que estaban aquí en la Villa Grimaldi, torturandonos a nosotros, les faltaba todo eso. Todo eso que a nosotros nos sobraba. Muchas gracias por escucharme.

Gladys Diaz